

EN ARGELIA HAY PETROLEO

Se dice que en la respuesta a una pregunta que se le hizo, poco antes de entrar definitivamente en vigor el "alto el fuego" en Argelia, el 20 de marzo de 1962, el general De Gaulle definió a Ben Bella como el gobernante que sería, "en el mejor de los casos, un Houphouet-Boigny; en el peor, un Sekou Touré". Ya se sabe lo que aquello significaba: se podía esperar de la nueva situación, a punto de iniciarse, una actitud de colaboración completa y fácil—para lo que sería una ayuda extraordinaria el propósito que Francia tenía de conceder un apoyo financiero muy generoso al régimen ya perfilado—o un propósito de total independencia que necesitaría empezar rompiendo amarras para que la nueva nación pudiese buscar su propia derrota con entera libertad. En cualquier caso, la decisión estaba tomada.

Pero, se podría preguntar hoy, al echar una mirada retrospectiva al panorama, el petróleo, del que se habían encontrado grandes yacimientos en Argelia no hacía tantos años todavía, ¿no tendría nada que ver en todo ello?

A no ser por el petróleo, no sería tarea fácil explicar algunas, por lo menos algunas, de las grandes cosas que están sucediendo en uno de los puntos críticos de una de las regiones más delicadas del mundo, esa cuenca del Mediterráneo a la que el petróleo ha traído beneficios enormes, pero también las mayores preocupaciones. Y, a pesar de todo, y de tenerse el convencimiento absoluto de estar ejerciendo una influencia enorme en la marcha de los acontecimientos argelinos, no es posible alejar por entero la sospecha de que eso de que hay petróleo por Argelia no es todavía una verdad *self-evident*, tan patente que ya no puede dejar lugar a dudas.

Si así fuese, o si hubiese sido desde los primeros momentos en que se hizo un descubrimiento extraordinario, acaso las cosas no hubiesen adelantado tanto por caminos que no son de fácil retorno y que, de seguir avanzando por ellos, sólo pueden conducir a mayores y más graves dificult-

tades que todo lo que se ha podido haber experimentado hasta ahora. Es peligrosa la reincidencia en el error o en la despreocupación, pero con el petróleo parece haber sucedido—está sucediendo aún en cierto modo—algo parecido a lo que ocurrió con la independencia.

De haberse dado cuenta todos, todos los que podían tener algo que ver en los acontecimientos, aun cuando sólo fuese para dar consejo sobre la conveniencia de adoptar actitudes de menos indiferencia o, mejor todavía, menos equivocadas, una actitud tan egoísta como la de colocarse en situación de simpatía, por lo menos, hacia el que estaba predestinado a ganar la partida, ¿no serían hoy bastante menos inquietantes las perspectivas por esta parte del Mediterráneo?

Ahora que Argelia es independiente; ahora que Argelia sigue recibiendo la ayuda de Francia—una ayuda que ha venido rebasando largamente los 1.000 millones de francos anuales, que harían unos 12.000 millones de pesetas—, aun después de haberse adoptado medidas tan radicales como la expropiación sencilla y llana de las grandes propiedades francesas, en contraste tan llamativo con la actitud tan radical y extremada que se adoptó contra Túnez, precisamente porque el ejemplo de Argelia situó a su Gobierno ante la disyuntiva de expropiar también o prepararse para algo quizá mucho peor; ahora que sigue llegando la ayuda norteamericana, de remanentes agrícolas sobre todo, y la ayuda soviética, de tanques y de especialistas militares e industriales, pero que, a pesar de todo, sólo se hacen demostraciones ostentosas de agradecimiento a la Unión Soviética, de desprecio constante hacia los Estados Unidos; ahora que se está construyendo o se prepara la construcción de un tercer oleoducto y de la fábrica de licuefacción de gas natural y se organiza un Instituto del Petróleo y se da comienzo, muy modestamente todavía, a la creación de una flota de barcos petroleros, y todo ello con poca o ninguna ayuda de Francia, pero con ayudas que no falta quien esté presuroso por prestar; ahora, en fin, que se está forzando a los intereses petrolíferos a devolver o a retener en Argelia el 50 por 100, por lo menos, de lo que produce la exportación del petróleo extraído de suelo argelino, ¿hay motivos todavía para dudar que existe petróleo en el subsuelo argelino en cantidades no sólo capaces de ser exportables ya al ritmo de unos 25 millones de toneladas anuales, sino de desatar fuerzas y despertar ambiciones más que suficientes para producir dislocadoras perturbaciones?

Mas en el caso de que así fuese, ¿se haría otra cosa que demostrar que

sí, efectivamente, el hombre es capaz de tropezar una y otra vez en la misma piedra? Porque hoy, cuando es posible volver la mirada hacia atrás, se comprende perfectamente a Carmen Martín de la Escalera, al hablar en la forma en que lo hace su libro *Argelia y su destino*, de cosas que tanto contribuyeron a envenenar la atmósfera con odios, rencores y los inevitables sentimientos de venganza, como sucedió “a raíz de esos días funestos—a la terminación de la segunda guerra mundial—en que el vendaval de la ira y la venganza barrió a Argelia, en que el nacionalismo enmudeció y se replegó en un amedrantado silencio”, pero no para desaparecer, ni mucho menos, a pesar de que el colonialismo hubiese recobrado “su voz, la única que había de oírse durante algún tiempo”.

Lo que se creyó que había quedado arrasado definitivamente por aquel vendaval, estaba de pie otra vez, rebosante de lozanía, menos de diez años más tarde, a pesar de las declaraciones oficiales de entonces, orientadas en el sentido de quitarle importancia, hasta hablar, según las palabras de Carmen Martín de la Escalera, de nada más que “un número ínfimo de combatientes” que se había parapetado por los escondrijos de imponentes bastiones montañosos, aunque por muy poco tiempo, sin duda, puesto que ya las fuerzas del orden dominaban las dos terceras partes de la región.

Aquella manera oficial de presentar las cosas engañaba a mucha gente, sin duda, pues de lo contrario no hubiera sido posible encontrar explicación alguna a lo que ha sucedido y, en consecuencia, sigue sucediendo todavía. No engañaba a la autora de *Argelia y su destino*, que, por ver las cosas con esa gran claridad que le permitió advertir que “la mera eventualidad de que Francia no estuviera aferrada a imponer por la fuerza decisiones unilaterales tuvo el don de encrespar la opinión de los franceses de Argelia, para quienes el problema, lo mismo que para el F. L. N. (Frente de Liberación Nacional) se plantea en términos de todo o nada, como acaecía en 1837, con la enorme diferencia de que el actual levantamiento se inserta en el cuadro de la rebelión mundial de los pueblos dependientes contra los pueblos rectores europeos, lo cual invita a rehuir todo propósito de repetir la Historia o de consultar el manual del perfecto patriota décimonésco”.

Hablar de lo que pasó entonces es tarea para hoy relativamente fácil, aun cuando hay maneras diferentes de hablar, ya se sabe, unas más atractivas, o más elegantes o que producen mayor satisfacción que otras. Pero no es tan fácil, bien se ve, hablar de lo que está sucediendo en un momento dado

para enmarcarlo en el ambiente con la precisión y espíritu crítico con que lo hizo Carmen Martín de la Escalera, lo que le ha permitido llegar, con perfecta naturalidad, a conclusiones que gozan hoy de una vida especialmente vigorosa, por encontrarse en los hechos entonces por venir—pero anticipados—una confirmación completa de lo que mucho más que predicciones eran apreciaciones justas de lo que estaba sucediendo, cómo y por qué estaba sucediendo y, por lo tanto, la dirección que habían de tener y la meta que esperaban, necesariamente, alcanzar.

Ahora, al leer de nuevo lo que fué escrito—y publicado—cuando una guerra de siete años y medio de duración apenas tenía un año de vida, se comprenden mejor muchas cosas. Se comprende, sobre todo, la enorme equivocación y el daño incalculable que produjo aquel conjunto de medidas que sólo había de servir, “en definitiva, para demorar un plazo inevitable”, porque “no existe fórmula que pueda detener a un pueblo preñado por la idea nacional y en marcha hacia (una) meta muy precisa. Sólo hay obstáculos más o menos eficientes para frenarla. No se conoce ejemplo de pueblo colonial que habiendo llegado al concepto de nación bajo la influencia de Europa, no haya logrado, a la postre, su empeño; ni pueblo que teniendo conciencia a su derecho a ser una nación, lo haya renunciado para no contradecir disposiciones que lo incluían en otra nación”. Y si el argumento de las “naciones sin historia” podía parecer en aquellos instantes avasallador, también ha sido tenido muy en cuenta en este caso concreto porque “si las naciones hubieran tenido que esperar a haber hecho algo que la Historia ha recogido para considerarse como tales, no habrían llegado nunca a ser naciones (como) diría Perogrullo”. En el fondo, está aún por precisar (esto se escribía en los comienzos de la guerra de independencia de Argelia, cuando sería azaroso aventurar el rumbo que acabaría tomando, cuando estaban muy lejos de producirse cosas como los comités de salvación pública y cuando no sólo no había llegado, sino que ni siquiera se podría pensar en que pudiese llegar la V República, que no se sabe todavía si fué realmente traída por De Gaulle o fué ella, en realidad, quien se anticipó a sí misma para traer a De Gaulle) el ceremonial de nacimiento de una nación. Lo único que se sabe es que, contrariamente a lo que sucede con el hombre—que es, sobre todo, lo que ha venido siendo—, las naciones son lo que aspiran a ser.

Cuántas dificultades y preocupaciones menos se tendrían hoy si cuando se escribió este libro, *Argelia y su destino* (Instituto de Estudios políticos,

Madrid, 1956), se hubiese pensado en Francia—para que el pensamiento prevaleciese, por supuesto—, como se pensaba aquí, al afirmar, cuando todos los días llegaban nuevas y más capacitadas y mejor dotadas tropas francesas a Argelia, que la evolución de los acontecimientos pudiese significar que “con doble vuelta de llave quedaba cerrada la puerta de la esperanza a una Argelia susceptible de embarcar en su día, y para una empresa común y realmente liberada de toda traba, todas las energías y todas las ilusiones de los que viven en esa tierra y merced a esa tierra, cualesquiera que sean su fe y su raza...”.

“El destino o futuro inmediato de Argelia puede ser una fase que parezca confirmar su destino o pasado de nación sólo existente en el mundo ideal de un sueño que ha llevado a morir a hombres que querían vivirlo. Pero la muerte únicamente suscita o resuelve de modo decisivo problemas particulares. La Historia sigue fluyendo junto a los cementarios, manteniendo viva la voluntad de ser, que no es el hecho de este o de aquel individuo cuya memoria borra el tiempo, sino de un pueblo que en el fragor de la tormenta se afana por alcanzar la libertad, la justicia y la paz, metas por las que, a través de los siglos, no han cesado de clamar todos los pueblos y todos los hombres, cada cual con su estilo.”

Tenía Carmen, hoy no hay duda de ello, en sus manos la bola de cristal fabricada por una inteligencia clara y manejada por un espíritu sutil, con mucha capacidad para el análisis no menos que la observación. Pero la gente, mucha gentes, casi toda la que realmente podía haber hecho algo, a tiempo, que pudiese ejercer una influencia importante, acaso decisiva, en la marcha de los acontecimientos por esa porción del Norte africano que tanta importancia tienen para los que viven en ella y para los de tierras aledañas, no creyó en “el cuento de la independencia de Argelia”. Como hay gente, mucha gente, que no cree todavía en “el cuento del petróleo” y mucho menos aun en lo que por tener el control del petróleo se puede hacer.

* * *

No parece que haya duda alguna sobre la influencia que el petróleo ha tenido para suavizar—en el caso de no haber conseguido dulcificar—las relaciones de Francia con Argelia. Como tampoco hay motivos para dudar sobre las dificultades que, por otra parte, a causa del petróleo se han interpuesto en el camino de unas relaciones tan cordiales y eficaces como las que

Francia esperaba—y deseaba—mantener con Argelia. De una manera u otra y en cualquier cuestión de importancia para las relaciones francoargelinas, pugna el petróleo por hacer acto de presencia, viscoso al tacto, penetrante al olfato.

Todavía no se sabe—quizá no se pueda saber en bastante tiempo—no ya lo que será Argelia como nación independiente, sino lo que ella misma querrá ser o lo que Ahmed Ben Bella, su jefe de Estado, de Gobierno y del único partido legal y tolerado del país, desearía que fuese. Hay ocasiones en que casi se percibe la sensación de que tanto hablar de socialismo no tiene más finalidad específica que asustar o engañar o entretener acaso con la esperanza secreta de que las cosas puestas en movimiento acaben encontrando un cauce adecuado, sin graves trastornos, sin tremendas dislocaciones. Después de estudiar la cuestión, Gérard Chaliand llega a la conclusión, en *L'Algerie est-elle socialiste?*, de que si bien la orientación socialista es ineluctable, no es total, ni mucho menos, la adhesión a esa forma de gobierno y menos todavía una adhesión sincera. Salir del colonialismo para entrar en el socialismo, ¡casi nada!

“La puesta a punto de las estructuras socialistas—dice Chaliand—no se puede confiar al empirismo ni al entretenimiento de cada día. Las estructuras económicas socialistas llevan implícita una concepción doctrinal, una teoría: el marxismo-leninismo.” ¿Sabe Ben Bella, en realidad, lo que es eso? ¿Lo saben sus consejeros, sus colaboradores, sus teóricos, sus economistas? ¿Lo sabe el coronel Huari Bumedián, ministro de Defensa y jefe del Ejército Nacional Argelino, que se consideró un día como la mejor y mejor garantía del futuro socialista que el destino parecía tener reservado a la nación argelina?

Y sin eso, la revolución argelina será solo, según Chaliand, una revolución nacional, “democrática”, en definitiva, una revolución burguesa, que lógicamente pudiera parecer no sólo lo más indicado para el momento histórico de Argelia, por el estado de desarrollo económico y social no menos que político en que se encuentra, sino lo inevitable. Por lo menos de no estar constreñidos y dirigidos en todo momento los factores que entran en juego, como muy bien pudiera suceder, durante un cierto espacio de tiempo en cualquier caso, a causa de la acción constante y dura de influencias externas más bien que internas. En tales circunstancias, podría aplazarse, sencillamente, la solución definitiva del problema. A la vez que se podrían producir fricciones y hasta choques de extremada violencia.

Jean Fresnois habla en *L'Express* de la anciana árabe con quien se encontró en Argel.

—Aquí—le dijo—será siempre, siempre la guerra. Cuando no sean los alemanes, serán los americanos; cuando no sean los americanos, serán los franceses; cuando no sean los franceses, serán los kabileños...

Y si se ha de estar siempre en guerra, ¿cómo se van a echar los cimientos, no ya construir las estructuras, de una sociedad socialista?

Ese mismo corresponsal francés dice que Argelia está en la víspera de su revolución o de su contrarrevolución.

Lo que ha habido hasta ahora ha sido una guerra de independencia de carácter revolucionario—todas las guerras de independencia son en un momento u otro algo revolucionarias—seguida del esfuerzo por la consolidación de algo que no es de fácil definición. Porque hay en todo ello tendencias, sin duda, pero nada que, fundamentalmente característico, ofrezca ciertas garantías de permanencia. Y con la misma facilidad—y casi con la misma razón—con que Ben Bella condena a Hocine Ait Ahmed y su Frente de Fuerzas Socialistas, que se han declarado en rebeldía y se han lanzado otra vez al monte, como se había hecho en los días de la guerra por la independencia, de fascistas, condenan éstos a Ben Bella de querer imponer al país un régimen totalitario, personal y, sin duda alguna, fascista.

* * *

Cualquiera que sea la naturaleza o las inclinaciones de este régimen, no hay duda que es un régimen mimado: le está prestando ayuda en estos mismos momentos Francia, la Unión Soviética, los Estados Unidos, Kuwait, la R. A. U. (República Árabe Unida, es decir Egipto), Inglaterra y el Banco Mundial. Es posible que si la investigación fuese un poco más paciente, se pudiese encontrar algo más todavía. Y entre las ayudas y otras cosas—la falta de experiencia, de conocimientos y posiblemente la falta de convicciones muy firmes también—, apenas queda sitio más que para la negociación, el compromiso y el “seguir adelante”, como mejor se pueda. Un corresponsal que ha andado largamente por Argelia y no ha dejado pasar mucho tiempo sin prestarle gran atención, llegó hace unos meses, en ocasión de la última, hasta entonces, de las visitas, a la conclusión de que el “compromiso está a la orden del día, a pesar de las ostentosas declaraciones oficiales: compromisos entre el Ejército y el partido, entre los dirigentes islá-

micos y laicos, entre árabes y bereberes; entre centralizadores y descentralizadores, entre marxistas y antimarxistas”.

Y por todas partes, metiéndose de lleno por los ojos, que acaso sea las menos de las veces; o deslizándose por entre los intersticios de un sistema que no produce la sensación de consistencia y cohesión; el petróleo.

Si no fuera por el petróleo, la cuestión de Argelia quizá fuese mucho menos complicada. Pero el petróleo es una complicación no menos que una esperanza. Sobre todo cuando abunda mucho y el país en que abunda aparece clasificado entre los que se hallan en vías de desarrollo. Lo normal, para empezar, en los países en vías de desarrollo es buscar toda la ayuda posible con la esperanza de acelerar el proceso y de esta manera alcanzar un grado de independencia económica que dé sustancia a la independencia política. Siempre, es decir, que no se trate de países con grandes yacimientos petrolíferos y, es más, siempre que no se trate de países dirigidos, por lo menos en un aspecto, con la habilidad consumada con que está dirigido Argelia. En casos como éste, se puede pedir ayuda y se pide, sin vacilaciones ni sonrojos. Pero lo de las condiciones es otra cosa. Las condiciones las pone, con frecuencia, el que pide la ayuda, no el que la presta.

Es una de las consecuencias de tener mucho petróleo, como bien se puede ver en Argelia.

Parece como si el petróleo fuese, de una forma u otra, el factor fundamental en la vida argelina. O, en cualquier caso, en las relaciones entre Argelia y Francia, todavía de una extraordinaria importancia.

La contrarrevolución ha levantado la cabeza y la mantiene levantada, aparentemente con alguna dificultad. Esa dificultad se ha puesto en evidencia con la rapidez con que, con la ayuda muy importante de la delación, fué decapitado el movimiento dirigido por Mòhammed Chaabani, el “seigneur des sables”, que por haber sido uno de los grandes jefes militares de los años de lucha por la independencia de Argelia, había llegado a ser miembro del Buró Político y del Estado Mayor del Ejército Nacional Popular y, en consecuencia, uno de los primeros y más importantes colaboradores de Ben Bella y su régimen. Pero el marxismo y la dictadura, dos términos que han aparecido hasta ahora irremediabilmente fundidos donde quiera que el marxismo se ha convertido en un factor decisivo en la vida de una nación, que se iban afirmando y acentuando a ojos vista, le producían una gran incomodidad. Y el “Señor de las arenas” se alzó en armas contra Ben

Bella, acotando para empezar la vasta región que empieza con unas montañas impresionantes y acaba en la monotonía árida y cegadora del desierto que nunca se acaba, con vehículos blindados, con tanques, con artillería y, sobre todo, con un equipo de veteranos como él, buenos conocedores del terreno y endurecidos en la lucha contra toda clase de resistencias y contratiempos.

Al pensar en aquello y más todavía con el precedente, que continuaba, de la sublevación contra el régimen de Ben Bella por la Gran Kabilia del llamado F. F. S., el Frente de las Fuerzas Socialistas de Hocine Ait Ahmed, ¿como no llegar con apresuramiento a la conclusión de que el horizonte de la revolución argelina se había nublado, por lo menos? Sobre todo por causa de esa sublevación de Chaabani, que se producía precisamente por la región de donde está saliendo el petróleo. Aquello daba en qué pensar, sin duda. Y en todo lo que se podía pensar apenas se podría encontrar nada que pudiese tomarse como indicio inconfundible de promesa para Ben Bella y su régimen. Y más todavía cuando se oía hablar en la forma en que el propio Ben Bella lo hacía, para acusar abiertamente a las compañías de petróleo francesas de financiar la “contrarrevolución”.

El hombre que había hablado de “una revolución sin cárceles”—¿quién hasta entonces hubiera podido pensar siquiera en lo que tenía todas las características de la incongruencia—había adoptado una actitud de extrema rigidez, para acusar a las compañías petrolíferas y advertir que “el que mata, matado será”. Eran advertencias—amenazas por mejor decir—hechas en un discurso con el que se celebraba el segundo aniversario de la independencia argelina, pronunciado en los momentos en que había sublevaciones, rebeldías y un ambiente de oposición en el que parecía estar envuelta la totalidad casi de todo lo que había ocupado una posición de muy primera fila en la guerra de la independencia, hasta insinuarse alguna vez la posibilidad de que fuese una primera fila en la que no siempre resultaría fácil encontrar un sitio para el propio Ben Bella, fundamentalmente por culpa de los años que se vió obligado a pasar en prisión, un poco al margen de la lucha dura y agria por dejar bien sentado el derecho de los argelinos a decidir sobre su propio destino. Ferhat Abbas, Mohammed Jider, Ait Ahmed, Mohammed Budiaf, Mohammed Chaabani y más, muchos más, porque la lista se iba haciendo inacabable, ¿dónde estaban? No con Ben Bella, que se disponía a pronunciar un discurso muy duro. Unos estaban en los montes y en los oasis del Sahara, abiertamente en rebeldía;

otros estaban por el extranjero, criticandò, censurando, agitando y haciendo uso o tratando de hacer uso, al menos, de fondos secretos que al parecer subían todavía a muchos cientos de millones y podían estar a merced ni más ni menos de lo decidiese el señor Jider, que por algo había sido secretario general del Buró Político y una de las primerísimas figuras de la guerra de independencia, y otras, en fin, estaban condenadas ya al ostracismo o, peor todavía, confinadas, vigiladas o en prisión, sencillamente, ocupando celdas en las cárceles que según Ben Bella no tenía, ni quería tener, esa, la revolución argelina que, de hecho, sólo se había empezado a hacer en serio después de haberse ganado la guerra de la independencia.

Estaba en marcha, no se podía dudar de ello, la contrarrevolución. Y estaba en marcha también, al mismo tiempo, el proceso—la amenaza por lo menos—de revisión de los contratos sobre la explotación de los yacimientos petrolíferos del Sahara argelino. Entre una cosa y la otra podía haber algo más que coincidencias puramente casuales o el deseo de Ben Bella de hacer acusaciones que podían parecer de extremada gravedad, aunque con escaso fundamento en los hechos reales de la vida argelina y las relaciones de Argelia con Francia.

Pero se hablaba mucho y era mucho también lo que se escribía. Cosas como ésta, aparecida en *Alger Republicain*:

“Una vez que Argelia planteó el problema del petróleo—decía—, nuestras dificultades se han agravado como por encanto. Se piensa, por ejemplo, en esta campaña violenta y súbita desencadenada por la Prensa racista de París y que ha desembocado en el asesinato de compatriotas. Es que hemos chocado por allá con unas fuerzas tan negras y tan subterráneas como el líquido que ellas extraen. “Petroleros”, “diamantistas”, “amos de fundición y forja” y otros más son gentes que tienen la moral de Tejas y no perdonan jamás cuando se trate de algo que afecte desfavorablemente a sus Carteras. En la crónica ensangrentada de sus “hazañas”, Annaba (la barriada de Bona donde se produjo la explosión del mercante egipcio *Estrella de Alejandría*, que se encontraba descargando equipo militar y munición, una horrible catástrofe con alrededor de doscientas víctimas y destrozos materiales enormes, valorados en sumas astronómicas) no sería más que un pequeño episodio... Los imperialistas matan si hace falta, pero con mayor facilidad ofrecen una carroza dorada a cualquier príncipe y, por mediación suya, tratan de amordazar a pueblos enteros.”

* * *

En Argelia hay algo más que petróleo, sin duda, pero apenas es posible hablar de otra cosa que del petróleo. Sobre todo cuando se piensa en la facilidad aparente con que el régimen, con Ben Bella a la cabeza, sortea escollos y salta por encima de obstáculos de todas clases, sublevaciones y rebeldías por un lado, y por el otro sigue adelante con una política de nacionalizaciones, incautaciones, expropiaciones, socializaciones y sin que de todo ello resulten más que débiles expresiones de protesta y, con frecuencia, ni eso siquiera. Después de advertir la forma en que Francia contestó a las pretensiones del presidente de Túnez, Habib Burguiba, de establecer la soberanía de su Gobierno sobre la inmensa base de Bizerta —ya una realidad— y de la actitud rápida y tajante con que se cortó radicalmente la ayuda francesa ante la decisión de Túnez de cubrir la última fase de un programa de eliminación total de la propiedad extranjera de tierras de cultivo en el país, sorprende, por lo menos, esa actitud de aparente condescendencia hacia el Gobierno de Argelia cada vez que toma decisiones lesivas, a menudo ruinosas por completo, para los intereses franceses que aún quedan en Argelia. Incluso para los intereses petrolíferos, que se sienten más amenazados cada día por una política que los va envolviendo con movimientos que nada tienen de tranquilizadores.

Están siendo eliminados con mucha rapidez todos los intereses franceses en Argelia, con la posible exclusión de los petrolíferos. Y aun éstos se sienten ya tan seriamente amenazados que sobre ellos hay negociaciones que empiezan, sufren demoras, suspensiones, aplazamientos y se reanudan al fin, para caer de nuevo en la conclusión, tal vez, de que la única posibilidad de llegar a un acuerdo está en hacer concesiones que apenas sirven para otra cosa que para plantear, en seguida, nuevas reclamaciones, reivindicaciones y limitaciones de los derechos y privilegios que se creían habían sido colocados, definitivamente, a salvo, asentados sobre posiciones muy seguras.

Un comentarista que ha seguido con mucha atención el desarrollo de los acontecimientos, ha llegado a decir que, “hasta el presente, ningún país productor (de petróleo) del mundo ha exigido tanto de las compañías (concesionarias)”. Así parece ser, efectivamente, con profunda y creciente preocupación para las compañías, y no sólo las que tienen concesiones en Argelia, sino las que explotan los yacimientos del Oriente Medio, de Libia, de Venezuela, por temor a las repercusiones y las consecuencias. “El famoso cartel del petróleo—añade este mismo comentarista—que agrupa a las

grandes sociedades internacionales (Shell, Esso, Mobil, etc.), está siempre atento, en el Oriente Medio como en la América Latina, para encontrarse ante sí con Gobiernos complacientes... Los que se rebelan, son abatidos: Mossadeq en el Irán, Kassem en el Iraq.”

Ben Bella está yendo más allá que ninguno otro de los países productores de petróleo que, independientes o no, aparecen clasificados como poco desarrollados o, como ahora se prefiere decir, en vías de desarrollo, lo cual apunta, por lo menos, a la posibilidad de no encontrarse en condiciones de gozar plenamente de todos los derechos de la independencia y la soberanía, de tener que aceptar alguna condición de carácter económico, en el más apurado de los extremos. No sólo se ha dado expresión ya al deseo de tener una participación directa en el capital de las compañías petroleras, sino que se pretende hacer que ese capital sea mayoritario; hay más todavía: el petróleo está considerado como un artículo de exportación que merece—y debe—ser tratado como cualquier otro artículo de exportación. Es algo que se puede y se quiere vender, pero a condición, naturalmente, que el producto de la venta vuelva al país. De lo contrario, ¿a qué tener un comercio exterior?

La situación ideal, desde este punto de vista, es que todo el producto de la exportación de petróleo—un artículo salido del suelo, del subsuelo más bien, argelino—vuelva al país, como suele hacer el producto de la exportación de vino, por ejemplo. La situación inadmisibles es que mucho o todo el producto de esta exportación se quede donde mejor gusten las compañías concesionarias, que se consideran a sí mismas como propietarias exclusivas del producto de una concesión. Entre las dos posiciones extremas pudiera estar una fórmula de transición, un nuevo reparto *fifty-fifty*, siguiendo el precedente establecido por las grandes empresas norteamericanas en la Arabia Saudita y en Venezuela, que sirvió, entre otras cosas, para abrir de par en par las esclusas por las que empezaron a pasar, desbordadas, unas reclamaciones largamente contenidas.

Ahora, el Gobierno de Argelia insiste en que la mitad del volumen de las operaciones realizadas por las compañías petrolíferas con intereses en Argelia sea situada en Argelia, sencillamente.

El Gobierno de Ben Bella parece decidido a que esta cuestión quede resuelta satisfactoriamente; es decir, con la terminación de lo que se califica como la “insularidad económica” de esas grandes sociedades que se consideran con el perfecto derecho a negociar, prometer que se han de cum-

plir al pie de la letra los compromisos contraídos y después seguir adelante con entera, total independencia, que es lo que siempre se había hecho en casos así. Es una cuestión planteada desde hace meses y sobre la cual se viene discutiendo—tratando de iniciar la discusión más bien, porque hasta ahora no ha habido indicios especiales sobre la inminencia de un acuerdo—con el ministro de Economía Nacional argelino, Bachir Bumaza, por un lado, y con una larga lista de ministros, subsecretarios y directores generales del Gobierno francés por el otro, Giscard d'Estaing, De Broglie, Wormser, etc. ¿Con qué resultado? Con nada más, hasta ahora, que el convencimiento, tal vez, de que un día u otro, quizá un día nada lejano, no quede otro remedio que aceptar esta condición como en otro tiempo se aceptó la del 50-50 para el reparto de las utilidades resultantes de las explotación de los yacimientos petrolíferos.

Un precedente peligroso, sin duda. Pero de eso habló Bumaza, hace unos pocos meses nada más.

—¿Por qué—preguntó—no hemos de llegar a entendernos con el Gobierno francés? Se habla de precedentes, pero el reconocimiento de China es también un precedente peligroso. Francia y Argelia podrían precisamente, de común acuerdo, crear en este dominio una experiencia piloto.

Y unos meses después, hacia el fin ya del verano, se volvía a hablar del mismo que se había hablado ya tantas veces y de la ayuda francesa, que de una u otra manera se buscaba mezclar en la cuestión, quizá con la esperanza de convertirla en un factor de importancia para las negociaciones. Pero ayuda, ¿de qué clase? Eso era, en cualquier caso, lo que parecía insinuar el mismo Bumaza. “La ayuda francesa—comentó—no está sin contrapartida” y “casi la totalidad de esta ayuda resulta beneficiosa para las sociedades francesas”.

Ayuda y dificultades, por supuesto. Pero ni una cosa ni la otra produce la impresión de lo que es capaz de calcarse con huellas profundas en un tipo de sensibilidad que, al menos para la negociación, acusa tanta dureza, por lo menos, como flexibilidad. A pesar de ser casi siempre la flexibilidad de una naturaleza en la que nadie había querido fijarse hasta entonces: la naturaleza que cede—o produce la sensación de ceder—, pero solo de momento, para volver en seguida a su anterior posición y estado.

—Esas dificultades—comentó el señor Bumaza después de haberse planteado de nuevo la cuestión en París, para dejarla en el aire, por espacio de un mes o dos más, porque necesitaba salir en seguida para Tokio, con

objeto de asistir a la reunión anual del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial—proviene de una interpretación errónea de nuestros textos sobre las transferencias de las sociedades. Nuestras explicaciones han dado satisfacción sobre este asunto.

* * *

La actitud del Gobierno argelino parece, pues, ser muy firme. Y muy hábil también. Se ha llegado a decir que la manera de negociar del Gobierno argelino es sorprendente, porque en ningún momento se produce la impresión de hacer algo que se sale de los límites de una legalidad rigurosa. Según el señor Bumaza, los representantes del Gobierno francés han salido de las últimas reuniones celebradas sobre esto del petróleo y el producto de su venta en el exterior, convencidos de “la legalidad de nuestra posición, a saber: Argelia no puede admitir que se explote su suelo sin derecho a consideración alguna y sin poder jugar un papel activo en todas las operaciones relativas a la valorización de sus riquezas”. Para terminar con una advertencia importante: “En este sentido... la situación ha quedado aclarada: las sociedades pueden muy bien no estar de acuerdo con la legislación en vigor; en ese caso, no les quedará más salida que renunciar.”

Renunciar, ¿a qué? Está demasiado claro: a las concesiones que tienen en Argelia.

Unos pocos, muy pocos, días antes de hablar el señor Bumaza de esta manera, se había firmado el contrato para la financiación de un nuevo oleoducto, el tercero cuando esté terminado. Se quiere que esté terminado en el plazo de quince meses, a pesar de los 800 kilómetros que median entre las dos terminales, una en Hassi Messaud, por el desierto; la otra en Arzew, al lado de Orán, junto al mar. Era el último paso de importancia para dar comienzo a las tareas que había terminado en una gran victoria para la casa constructora inglesa, John Brown, que había obtenido la concesión, casi medio año antes, en competencia activa con compañías francesas, alemanas y japonesas. De esta manera, en competencia abierta, se había conseguido un buen contrato. La victoria era tanto más llamativa porque, como decía un comentario de *The Times* de Londres, las “compañías petrolíferas francesas y extranjeras con intereses en el Sahara habían hecho grandes esfuerzos por bloquearlo, incluso después de haber sido

firmado el contrato de construcción". Y en el momento de la firma del contrato en sí, comentó la casa británica que lo había conseguido:

"La oferta inglesa ha sido preferida por Argelia a causa de sus condiciones generales técnicas y financieras y del precio propuesto, que es considerablemente más ventajoso que los hechos incluso por los oleoductos ya existentes en Argelia."

Es un contrato por un valor de unos 25 millones de libras esterlinas—alrededor de 4.000 millones de pesetas—a costear en gran parte, 18.600.000 libras, aproximadamente el 75 por 100, mediante garantía del propio Gobierno de la Gran Bretaña, y en una parte todavía importante—siete millones de libras—por medio de un préstamo del Fondo para el Desarrollo Económico Árabe, que es el nombre que se da a una especie de ayuda que concede a otros países poblados por gentes de la misma raza y religión el diminuto—no en recursos financieros—Estado de Kuwait, que hace poco ha vuelto a llamar la atención al ser clasificado como el país más rico del mundo, proporcionalmente al número de habitantes.

Se tiene una prisa enorme en construir y poner en marcha este nuevo oleoducto, del que se espera empiece a salir más adelante el petróleo del yacimiento de Haud el Hamra, si es posible antes de que termine el año de 1965 y al ritmo, una vez que todo esté marchando satisfactoriamente, de 10.100.000 toneladas anuales. Más adelante, cuando se realicen nuevas construcciones de estaciones de bombeo, el transporte por este oleoducto se espera que suba a 22 millones de toneladas, casi otro tanto como lo que está en movimiento actualmente por los oleoductos que van desde la misma región de Hassi Messaud a Bona y desde la región de Edjele al puerto tunecino de La Skhira.

Sus motivos tendrían, sin duda, los intereses franceses y extranjeros ya con concesiones en Argelia para evitar que este oleoducto fuese construido en las condiciones y por los constructores que han conseguido un contrato de tanta importancia. Se puede decir que es un paso, dado con resolución, más por el camino de la nacionalización del petróleo—y del gas natural también—de algo que seguramente no se pierde de vista como el objetivo final y decisivo que ha de ser alcanzado mediante un avance, metódico y por etapas, porque el viaje es largo y ha de resultar muy fatigoso, sin duda.

Los otros dos oleoductos son de la propiedad y el control de las propias

compañías concesionarias de los yacimientos petrolíferos. El nuevo será del control del Gobierno de Argelia. Como también será la nueva refinería, de cuya construcción se encarga el E. N. I.—Ente Nazionale Idrocarburi—italiano, uno de los mayores y más importantes competidores del inmenso *cartel* internacional que, bajo la dominación de las principales compañías norteamericanas, ocupa todavía una posición francamente dominante en los mercados de petróleo del mundo no comunista.

Hay más. Al lado de la terminal de este oleoducto y la refinería que se tiene en proyecto se está construyendo, con una ayuda de un empréstito concedido por el Banco Mundial, de 20,5 millones de dólares, más de 1.200 millones de pesetas, una gran planta para la licuación del gas natural, con miras a facilitar su exportación. Mediante este procedimiento, 600 metros cúbicos de gas en estado natural se reducen a un solo metro cúbico y el primer “metanero” francés, el *Jules Verne*, que se espera empiece a llevar gas líquido de Arzew a Marsella a partir del próximo enero, transportará unos 450 millones de metros cúbicos, medidos en ese nuevo y transitorio estado. Los ingleses ya tienen dos “metaneros”, el *Methane Princess* y el *Methane Progress*, con lo que se comprende la importancia que por este lado tiene ya y sigue adquiriendo Argelia, con uno de los yacimientos de gas natural más ricos entre los descubiertos hasta ahora. El consumo de gas tiende a subir con extraordinaria rapidez y como el rendimiento de los yacimientos nacionales franceses es relativamente bajo—49.000 millones de termias anuales en 1963—, Argelia empieza a tener un gran interés para Francia (y para Inglaterra también) por algo más que el petróleo.

Sólo por este lado, el de esa refinería que se está construyendo gracias a un préstamo del Banco Mundial, no a nuevas aportaciones francesas, que seguramente estarían muy deseosas de ampliar por ahí sus posibilidades de inversión, se calcula—lo calcula el mismo Banco Mundial—que el Gobierno argelino contará con una nueva fuente de ingresos, del equivalente de un millón de dólares anuales.

Esto no es nada en comparación con lo que el petróleo—y el gas natural también—supone para Argelia, una gran fuente de ingresos, con tendencia a continuar subiendo, y un gran estímulo para el desarrollo económico de la nación. La compañía que está construyendo el nuevo oleoducto se encargará asimismo de su funcionamiento, durante tres años, al cabo

de los cuales se hará entrega en su totalidad a ese personal indígena que se habrá de ir preparando y formando en el desempeño de esas tareas.

* * *

Uno de los aspectos más significativos, a la larga, de la ayuda soviética, muy importante en el caso de llevarse a cabo en la forma prometida y en apariencia acordada, con un valor de unos 625 millones de francos, alrededor de 7.500 millones de pesetas, es la creación de un "instituto del petróleo", destinado a la formación y preparación de personal técnico y de dirección al ritmo, para dentro de algunos años, de 2.000 personas anuales.

Es del todo posible que el Gobierno argelino no esté completamente satisfecho de una ayuda que va destinada de manera específica a determinados fines. Se ha intentado, por el lado argelino, llegar a una libertad absoluta para el uso de una parte, por lo menos en la forma que se considerase más satisfactoria. De haber salido bien el intento, alguna de la ayuda consistirá en la aportación directa de sumas de dinero o crédito para ser gastadas por el Gobierno argelino sin restricciones ni limitaciones de ninguna clase. La Unión Soviética ha insistido, sin embargo, en que la ayuda va destinada exclusivamente a los fines establecidos, uno de los cuales es la "creación" de un importante centro siderúrgico que de hecho no es más que la realización y terminación del proyecto, ya iniciado, por el antiguo Plan de Constantina, el complejo de Bona-Auzerville, con una capacidad de 300.0000 a 350.000 toneladas de acero al año.

Según el Plan de Constantina, esta gran fábrica, situada a unos 12 kilómetros de Bona, con una capacidad anual, según los planes originales, de medio millón de toneladas de acero, debería de encontrarse funcionando ya en este mismo año de 1964. Pero el plan, iniciado en octubre de 1960, tuvo unos comienzos muy lentos. Algunas por los menos de las grandes empresas a él asociadas, conjuntamente con el Gobierno de París, mostraron muy poco entusiasmo por lo que parecía destinado a convertirse en un factor de competencia para la poderosa industria siderúrgica de Francia. El proyecto era del mayor interés para el general De Gaulle y de haber tenido un rápido desarrollo podría haber fortalecido mucho la posición económica de Francia en Argelia. Se calculaba que en la primera fase de la producción daría empleo a unos 3.000 argelinos, muy pocos, sin duda, en

un país donde se calcula que en estos momentos sube de dos a tres millones el total de las personas que se encuentran en paro forzoso o empleadas sólo de una manera parcial y con mucha irregularidad, el 20 por 100 de la población, por lo menos.

Pero en condiciones normales una industria de acero, destinada a la transformación del mineral de hierro de Uenza en altos hornos eléctricos alimentados por la energía que se había de producir en una central destinada a consumir el gas natural de Hassi R'Mel, alcanzaría pronto especial importancia como un factor capaz de influir grandemente en el crecimiento económico de toda la región y, en definitiva, del país también.

Lo que empezó muy lentamente y durante grandes períodos de tiempo estuvo prácticamente suspendido, se mueve otra vez, ahora gracias a la ayuda soviética. Francia, que en algunos momentos pudo pensar en la gran ventaja que suponía el llevar una delantera de siglo y cuarto a cualquier país interesado en Argelia, acabó encontrándose en una situación incómoda. No sólo porque los argelinos se mostraron dispuestos, desde el primer momento, a recibir ayudas de cualquier clase y dirección—hay ayudas secretas sobre las que apenas es posible ir más allá de la conjetura, como mucho por lo menos de tráfico de armas, munición y agentes que se mantiene con Argelia desde Egipto o la Unión Soviética—, sino porque mucha de esta ayuda llevaba en cualquier caso la intención de crear intereses y desarrollar relaciones con muy pocas posibilidades de fortalecer o mejorar las posiciones de Francia en Argelia.

La rivalidad en materia de ayuda es muy intensa y quizá sobre esto nadie esté tan informado como los Estados Unidos, que en Argelia, como en muchas otras partes, no han dejado de recibir grandes y repetidas demostraciones de ingratitud. En calidad de donativos muchas veces o de ventas en circunstancias singularmente favorables las restantes, los Estados Unidos han ido enviando a Argelia, de manera regular, la mayor parte de los cereales necesarios para cubrir el déficit entre los recursos propios y un índice medio de consumo regularmente muy bajo. La ayuda de esta clase ha sido más llamativa o más meritoria por haber hecho posible, una y otra vez, el salvar situaciones realmente críticas. Pero esto no parece haber ejercido la menor influencia en el sentido de desviar a los argelinos de la orientación que seguían, hacia un socialismo que podía ser cubano y egipcio, capaz siempre de producir una gran sensación de repugnancia en los Estados Unidos, y menos todavía en el sentido de hacer alguna demostra-

ción pública de agradecimiento por lo que aquella ayuda norteamericana suponía. Más bien parecía advertirse una sensación de placer al hacer y repetir grandes y frecuentes elogios de la Unión Soviética, de China, de Cuba, de Egipto, pero jamás de los Estados Unidos.

La ayuda norteamericana podía ser un factor decisivo en momentos de especial gravedad alimenticia para un país que vive, en general, en un ambiente de mucha necesidad, al borde de la miseria y el hambre, pero en el momento de hacer alguna demostración de gratitud, Ben Bella volvía la mirada hacia la U. R. S. S., no hacia los Estados Unidos, ni siquiera, con la excepción de ocasiones muy contadas, a Francia, que en aquellos mismos se halla prestándole una ayuda que pasaba mucho de los 1.000 millones de francos anuales, acaso no menos de 15.000 a 20.000 millones de pesetas y que para el año que viene ya está calculada, en los presupuestos destinados a entrar en vigor el 1 de enero próximo, en 796 millones de francos. A los que es posible que se vaya añadiendo algo, con el tiempo.

Todavía no hace tantos meses que Ben Bella, en un discurso pronunciado en Moscú, proclamaba: "La U. R. S. S. ha estado de nuestro lado durante nuestra lucha y lo está todavía después de nuestra victoria. Ha hecho más por nosotros que ningún otro país del mundo, sea el que sea. En la hora actual, los soviéticos arriesgan sus vidas para que nuestros campesinos puedan trabajar sus tierras en paz."

Y como hay poca ayuda—acaso no haya ninguna—realmente desinteresada, la ayuda soviética a Argelia pudiera, en definitiva, ser la más eficaz de todas. La ayuda francesa tiene el objetivo principal, sin duda, de mantener unas relaciones y unas posiciones de notoria importancia: la ayuda norteamericana aspira a convertirse en el instrumento o el vehículo de unos afectos y simpatías que en un momento oportuno pueden servir para la creación y desarrollo de relaciones muy importantes, en particular en vista de la riqueza de los yacimientos petrolíferos de Argelia, en ocasiones a costa de otros y anteriores intereses, en el caso de que eso sea inevitable o fácil de alcanzar. En situaciones como la de Argelia resultaría muy difícil encontrarse con una sola concesión de ayuda que de una forma u otra no se tradujese incluso, como el resultado de cálculos deliberados, en un quebranto para los intereses que de alguna manera buscan afianzarse allí por todos los medios posibles. En casos así, la ayuda suele ocupar una posición de primera línea. Y todo el mundo sabe bien que en materia de:

petróleo es ya grande el recelo y hasta la rivalidad que inspira el esfuerzo que Francia está haciendo, no sólo por bastarse a sí misma con el combustible de esa clase que llega de un lugar tan próximo como Argelia y en el que las operaciones de esta naturaleza no se resuelven en cifras que han de ser traducidas, previa y forzosamente, a dólares, como sucede por muchas otras partes.

La posición de los Estados Unidos en Argelia, representada por la ayuda o por lo que sea, es una posición de rivalidad y, en definitiva, de hostilidad hacia Francia.

La posición más cómoda de todas, hasta ahora y desde este punto de vista, es la soviética. Porque lo fundamental para la Unión Soviética es todavía, en Argelia y en otras partes, crear situaciones de gran debilidad para potencias rivales, en la sustancia misma de las cosas del día no menos en la realidad que se va proyectando incensantemente hacia el futuro.

“Son los médicos soviéticos los que curan a nuestros enfermos”, dijo Ben Bella en Moscú. Cuando se piensa que entre las partidas de la ayuda soviética al Gobierno de Argelia, negociada hace unos meses, figura un barco petrolero de 19.000 toneladas, que se ha prometido entregar en 1965, con miras a iniciar la etapa que haga posible al Estado argelino controlar una parte siquiera del transporte del petróleo que sale de su suelo y se envía hacia el exterior, es posible también pensar en que la ayuda de esos médicos sería más entusiasta y más decidida si de diese con la manera de prestarla con la ayuda de medicamentos que habían de ser sustraídos previamente de los planes de curación de otros enfermos, los franceses y los norteamericanos en este caso particular.

No se sabe, ni hay razón para pensar en ello, en lo que sería de Argelia sin la ayuda soviética, pero en el caso del petróleo por lo menos es evidente que los gobernantes argelinos se mueven con mucha habilidad, haciendo demostraciones constantes de una gran capacidad para la negociación. *The Economist*, el semanario de Londres, dice que en materia de petróleo, “Argelia es un negociador duro, pero no emocional”, y puede muy bien convertirse en “uno de los más formidables reclutas de la O. P. E. C.” de esa organización que se conoce generalmente por las iniciales de su nombre en inglés: “Organization of Petroleum Exporting Countries”. Ya se está dejando sentir, decididamente, el peso de Argelia en las actividades de una organización de la cual no es todavía miembro—son miembros los principales países productores del Oriente Medio y Venezuela—y una

De cuyas grandes aspiraciones es el control no sólo de la producción, sino del transporte y la distribución del petróleo en cualquiera de las formas múltiples que acaba asumiendo.

* * *

Sin pensar en el petróleo y también en la forma en que sobre el petróleo se negocia en Argelia, hay cosas que costaría mucho trabajo comprender bien. Vista la situación, día a día, no costaría gran trabajo llegar a la conclusión de que será posible prolongarla durante mucho tiempo. Pero hay cosas que no saltan fácilmente a la superficie, para que se las tenga mejor en cuenta. Por eso, en un resumen sobre la situación económica—y la social también—de Argelia, en general tan desfavorable que a menudo produce la impresión de lo que marcha derecho hacia la catástrofe, llega *The Economist* a una conclusión un tanto sorprendente. “Es lo mismo en todo—dice—. Argelia vive del capital y apenas consigue arreglárselas para mantener las apariencias. Pero para el mantenimiento, la renovación o cualquier nuevo desarrollo constructivo descansa en la ayuda exterior. Puede descansar con alguna certidumbre en la continuación de sus medios regulares de ayuda. Los regalos norteamericanos de trigo que alimentan a una tercera parte de la población pudieran muy bien aumentar. Y Francia seguirá adelante con su generosa ayuda presupuestaria durante todo el tiempo en que sus intereses de gas y petróleo del Sahara no se encuentren seriamente comprometidos. En este asunto, los argelinos han sido, en el fondo, muy astutos. No dejan de continuar empujando para conseguir de las compañías petroleras un mayor control y mejores condiciones. Pero nunca atacan, ni por una vez siquiera, el principio, fijado en los acuerdos de Evian, que es considerado por los franceses como sacrosanto. Es el acuerdo básico de que la explotación del gas y el petróleo ha de ser una empresa conjunta.”

¿Qué sería si esa “pequeña y dura medula de astucia en las negociaciones exteriores llegase a estar más en evidencia en el frente nacional” en su totalidad?

En una situación como la de Argelia es fundamental, ante todo, llevar buena cuenta de lo que va sucediendo y hacer algo, es más, por comprenderlo. Si se hubiese sabido—y si se hubiese comprendido bien—la dirección en que soplabá el aire en los días de la guerra de independencia, ¿no sería posible haber tenido mucho adelantado para cuando llegase el mo-

mento en que todos, incluso los más ajenos e indiferentes a la cuestión, hubiesen de reconocer, y aceptar, la existencia de una situación que no era menos real por ser nueva?

Si en cuanto a Argelia concierne todo quedase reducido a nada más que tomar nota de la marcha diaria de los acontecimientos, los resultados habrían de ser sorprendentes. Porque las conclusiones a que se pudiera llegar como consecuencia de las noticias dramáticas de un día estarían predestinadas a venirse abajo el siguiente. Por un lado se tropieza, de una manera constante y regular, con nuevas y más radicales decisiones sobre la reforma agraria y las expropiaciones de fincas, grandes y pequeñas, con frecuencia, aun cuando generalmente son las muy grandes las más afectadas. Hasta acabar en el plan, que se viene estudiando desde hace unos meses, para la aplicación de la reforma agraria a cinco millones de hectáreas todavía incluídas en lo que por Argelia se llama el sector privado, para proceder a su parcelación en casi 700.000 propiedades nuevas, cada una de ellas con un máximo de 25 hectáreas en tierras de regadío o el doble en tierras de secano.

Todo el mundo sabe las dificultades que surgen para el desarrollo de una reforma agraria en serio. Y todo el mundo también debería esperar que esas dificultades fuesen tan grandes, por lo menos, o mucho mayores en un país como Argelia, donde todos los recursos económicos de alguna significación y aprovechamiento eran de una propiedad privada, en su mayor parte en gran escala, que había creado necesariamente una situación muy especial. Una situación que hizo inevitable el ponerse a pensar durante unos instantes, al tenerse hace poco noticia del fallecimiento de Henri Borgeaud, una de las figuras dominantes de la "Algerie Française". Había sido senador francés por Argelia durante una docena larga de años y sus propiedades, agrícolas e industriales, de las que se dijo tenían un valor de unos 6.000 millones de pesetas, fueron confiscadas por Ben Bella el año pasado, no en el momento de la victoria, ni siquiera por espacio de muchos meses después.

Las incautaciones, expropiaciones y confiscaciones, que dan un carácter y significación muy especiales a los programas de reforma agraria y socialización, se han producido y siguen produciéndose en muchas direcciones, con lo que una situación mala para empezar empeora visiblemente. Están nacionalizados o socializados o incautados simplemente los hoteles y los cines en su gran mayoría, no sólo las fábricas y los servicios públicos,

y lo está también una parte del comercio. Lo que no está nacionalizado aún parece continuar adelante en forma que hace inevitable llegar a la conclusión de que en Argelia se va tirando gracias al uso que se hace del capital, como insinuaba *The Economist*, para atender a las necesidades urgentes de cada día, por lo que apenas tiene ante sí más perspectiva que la incautación o la bancarrota. Mucha gente se enteró con cara de asombro de que las famosas, en su día, "Galerías de Francia", la mayor cadena de tiendas de Argelia, con 600 dependientes, había cerrado y sus directores habían huído, después de haber ido vendiendo, con la mayor prisa posible, todo lo más posible y de haber conseguido sacar de Argelia dinero, sin duda, pero también otras cosas. Esto ha llegado a ser un acontecimiento diario, tanto que el Gobierno, por medio de su ministro de Economía, llegó a prometer que se haría una investigación en serio y se castigaría con rigor a los funcionarios argelinos que habían ayudado en la realización de operaciones de esa clase.

* * *

Eso—y muchas cosas más de la misma o más grave naturaleza—por un lado. Por el otro, noticias tan sorprendentes como las que se recibieron, en los días finales de la primavera última, para dar cuenta que se estaban retirando las últimas fuerzas militares franceses en Argelia, con la excepción de las pocas que aún quedaban en unas bases del Sahara, según acuerdo formal hasta el año de 1967, ya también en proceso de liquidación anticipada, y las de la gran base de Mazalquivir, acaso 10.000 hombres de uniforme, que posiblemente suban a un total de 20.000, incluido el personal de los servicios de todas clases, que podrían continuar allí hasta el año de 1977.

Si se olvidase de momento eso que aún queda, en parte también en proceso ya de liquidación, se podría decir que en circunstancias realmente llamativas se había puesto fin a la presencia real de Francia en Argelia, que había durado ciento treinta y cuatro años. En circunstancias llamativas porque la retirada, que estaba en vías de realización desde hacía años y se terminaba antes del agotamiento del plazo máximo convenido, se hacía después de haberse llevado todo lo que se podía haber sacado de allí, valiese algo o no valiese nada; y lo que no se pudo llevar se quemó, sencillamente, como se hizo con 12.000 colchones y camas de campaña que seguramente hubieran servido para llenar algunas de las grandes necesida-

des de una población notoriamente pobre, angustiosamente necesitada. Para, a continuación, emprender la marcha hacia los barcos que habían de llevar a tierras de Francia a estas últimas tropas francesas—con la excepción, ya se sabe, de las guarniciones de las pocas bases citadas—, en actitud silenciosa, con tambores y cornetas enfundados; parecían ser unas circunstancias que nada ganaban con el orden del día del general Camas, en el que se proclamaba: “Al abandonar esta tierra donde habéis alcanzado honor, yo rindo homenaje a los que han muerto.”

Hubo, eso sí, una corta salva, el tributo obligado a “los muertos”, los aires amortiguados de *La Marsellesa* y la canción *Adiós a la vida*, cantada por una compañía en el momento de marchar por la pasarela del barco que poco después emprendía la marcha. Una marcha que seguramente era definitiva y triste, cargada de nostalgia, tal vez de rabia contenida.

¿Por qué aquella retirada que había sido silenciosa acaso por razón de las circunstancias en que se hacía o, en el peor de los casos, para no producir una incomodidad innecesaria a los que quedaban todavía? Se intentó dar una explicación, oficiosa más bien que oficial. La “discreción” tenía por finalidad el evitar cualquier posible incidente desagradable. Pero no faltó quien, molesto sin duda, insistió en poner los puntos sobre las íes. Se habían recibido órdenes severas del Ministerio de Defensa. “No se hará información alguna sobre el funeral”, comentó, con acento notoriamente amargo, un alto jefe militar.

El ruido que no hicieron los soldados franceses en este momento de la retirada, lo hizo Ben Bella, al anunciar, en un mensaje por la radio, el 17 del pasado junio:

“Dos años después de la adhesión de nuestro país a la independencia, un año antes de los plazos previstos por los acuerdos de Evian, el ejército francés abandona el suelo de nuestra patria. Este acontecimiento importante ha reafirmado nuestra soberanía nacional y consolidado nuestra independencia. Es más, introduce en nuestras relaciones con Francia una dimensión nueva, que deja abiertas las puertas para una cooperación fructífera y estable. La presencia momentánea de tropas francesas en las bases de Mazalquivir y el Sahara encontrará muy pronto, nosotros estamos convencidos de ello, la solución.”

Para terminar, siempre en la misma entusiasta actitud: “Hoy, la alegría entra en todos los hogares argelinos, convencidos de que nuestro país

vive, en la dignidad de los que se sienten fuertes, uno de los momentos, más grandes de nuestra historia gloriosa.

¡Viva Argelia!”

* * *

Dificultades económicas, dificultades religiosas—no con los católicos, que van cediendo posiciones sin ofrecer resistencia, sino con sectores influyentes y muy activos de la población para quienes resulta extraña, acaso completamente inaceptable, tanta insistencia en proceder a la transformación de un ambiente religioso, dominado por el Islam, tan respetuoso con la propiedad privada, en un sistema socialista—y grandes y graves dificultades políticas, tanto que en cosa de un par de años Ben Bella ha pasado de la actitud orgullosa con que hablaba de “una revolución sin cárceles”, a la actitud retadora de quien está dispuesto a “machacar la cabeza” de los responsables de la contrarrevolución. “Hemos empezado a fusilar—advirtió—y seguiremos fusilando hasta que la revolución haya triunfado.”

Y, con todo, una situación realmente extraña, a menos que se tenga en cuenta un hecho singular: que en Argelia hay petróleo y por el petróleo está en desarrollo una lucha sorda, pero de terrible dureza, en el ambiente internacional, lucha en la que Ben Bella sale favorecido, por ahora, mucho más que perjudicado. Ni la rebelión del “Frente de Fuerzas Socialistas” de Ait Ahmed, ni las dimisiones de ministros, algunas de ellas, muy significativas, en apariencia al menos, como la de Ahmed Medeghri, el joven ministro del Interior que se creía era amigo y protegido del coronel Bumedián, comandante del ejército y ministro de Defensa y, como vicepresidente del Gobierno, el que sustituye a Ben Bella cuando éste realiza viajes más allá de las fronteras de Argelia, viajes que no son nada infrecuentes, es más; pero nada de esto parece haber debilitado a Ben Bella.

El proceso sigue adelante, sin embargo, con sublevaciones, con detenciones—apenas si queda ya en libertad una sola figura de primer plano entre las que dirigieron la lucha por la independencia de Argelia, desde Ferhat Abbas para abajo—y con los primeros fusilamientos, cinco de ellos, en el mismo día, cuatro de personas juzgadas y condenadas como organizadores y autores de un ataque contra el puesto de vigilancia del Palacio del Pueblo, inmediato a la residencia del presidente Ben Bella, y el otro, Chaabani, por haberse alzado en armas contra el Gobierno. Y con una

tendencia irresistible hacia el perfeccionamiento del sistema que todavía no está claramente definido como personalista o de partido, pero que en cualquier caso es receloso y busca situarse en lugar protegido, a salvo de los peligros de una autoridad y un poder divididos. Paso de la más alta importancia en este sentido ha sido la creación de una milicia especial, destinada a funciones específicas, para reforzar al régimen, y que depende directamente del presidente y jefe del Gobierno, Ben Bella, no del ministro de Defensa, en apariencia su amigo, ni del ministro del Interior. Es más, en adelante, los mismos gobernadores provinciales—quince en total—deberán informar directamente a la presidencia del Gobierno, no al ministro del Interior.

La Asamblea Nacional, que había sido una especie de refugio limitado para algunas personalidades que después de haber tenido una participación principal en la guerra de la independencia se fueron sintiendo desplazadas por un proceso revolucionario con el cual no se consideraban identificadas y hacia el cual no miraban con simpatía, se ha convertido en otro instrumento incondicional del régimen, del presidente Ben Bella, en cuyas manos—o en cuyos cargos—se concentran todo el poder y toda la autoridad de una situación que es francamente revolucionaria, aunque no por ello deje de seguir siendo confusa. En cualquier caso, en los momentos en que se deja de pensar en el mucho petróleo que hay en Argelia.

La nueva Asamblea Nacional, con 138 diputados en vez de los 196 de la anterior, elegida por lista única el 20 del pasado septiembre, está formada en su totalidad por personalidades incondicionalmente al servicio del régimen. La nueva ley electoral, ya en vigor, establece que los candidatos han de tener veintitrés años como mínimo y estar en posesión de las cualidades de elector, así como la nacionalidad argelina. Hay algunas exclusiones específicas, como las de magistrados, prefectos, subprefectos y oficiales del ejército y la gendarmería, que no podrán ser elegidos en la circunscripción donde se desarrollan sus actividades. Pero lo importante, lo fundamental, es que las listas de candidatos habían sido preparadas por el F.L.N., cuyo secretario general es Ben Bella, por supuesto, y en ellas no se había incluido a una sola de las personas que en la anterior Asamblea Nacional parecían tener una representación con cierto carácter independiente.

El sistema se perfecciona y se centraliza, sin duda. Y en un ambiente que es capaz de producir, en algunos momentos, una acusada sensación de fra-

gilidad, de lo que está a punto de hacer crisis y desmoronarse. Pero, en el caso de tomarse al pie de la letra las declaraciones frecuentes de Ben Bella—y hasta sus viajes al extranjero, como el hecho recientemente a Alejandría, para asistir a la conferencia del más alto nivel de los países árabes—, podía tenerse otra impresión. Como cuando habló para afirmar que en Argelia no pasan del millar los presos políticos, los “contrarrevolucionarios” que “reciben un trato como el que no se concede en otros países que se proclaman democráticos”, aunque siempre existe la posibilidad de que haya habido algunas torturas. Pero, declaró Ben Bella, “la tortura es abyecta. Yo mismo lo he dicho al hermano Hadj Smain, ministro de Justicia, en una carta que le he enviado. Una cierta Prensa extranjera habla de las detenciones y querría hacer creer que (Argelia) se ha convertido en un país de cárceles rebosantes con tanto preso”. Pero no es así. Es Ben Bella quien lo dice y quien insiste en reflejar fielmente la situación en que se encuentra su país, donde una buena parte del ejército ha sido movilizada para hacer frente al estado de guerra que existe por la Gran Kabilia y donde la policía no parece inspirar una gran confianza, en vista de la creación de esa milicia popular—y rival, por necesidad—, con características eminentemente políticas. Pero todo esto y mucho más carece de verdadera importancia en un país como Argelia, donde la suerte del régimen pudiera hallarse indisolublemente ligada a la suerte del petróleo, codiciado por intereses muy poderosos y todavía controlado en gran parte por intereses franceses que posiblemente no se sientan seguros del todo y necesiten contar con algo en que apoyarse, aun cuando ese algo haya de ser el régimen de Ben Bella, que por lo menos tiene una existencia real.

* * *

Un día, a fines del pasado mayo, en *Jeune Afrique*, la prestigiosa revista tunecina, aparecían unas declaraciones de Ben Bella. Decía el jefe del régimen argelino:

“Con Francia, nosotros hemos tendido a olvidar el pasado y su cortejo de errores.”

El pasado suele pesar duramente en la vida de algunos pueblos y regímenes. De eso habló Ben Bella en esta ocasión, con aparente calma filosófica: “Cuando me encontré en Checoslovaquia, me sentí abrumado—y se lo dije a mis amigos de allá—ante la manera en que conserva el odio que

alimenta el resentimiento contra los alemanes. Los checos contemplan el recuerdo de la aldea mártir de Lidice. Pero Lidices, nosotros hemos tenido un millar en siete años de guerra... y nosotros lo hemos olvidado ya. No de ninguna manera a causa de la ayuda francesa. Nos es útil, pero no indispensable. Yo estimo que la cooperación cultural tiene un precio más alto."

Parecería, al oír a Ben Bella hablar de esta manera, que se trataba del jefe de un Estado que había alcanzado un grado completo de estabilidad y vida normalizada. Pero si no es así—y nada hace pensar en que lo sea—, ¿será el petróleo y la lucha por su control y explotación lo que le proporciona una sensación de extraordinaria confianza y seguridad en sí mismo?

JACINTO MERCADAL.